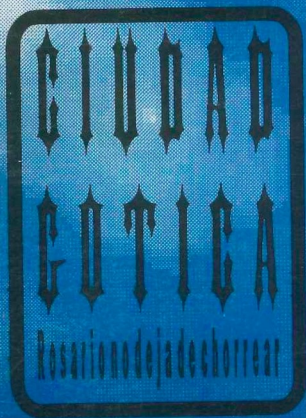
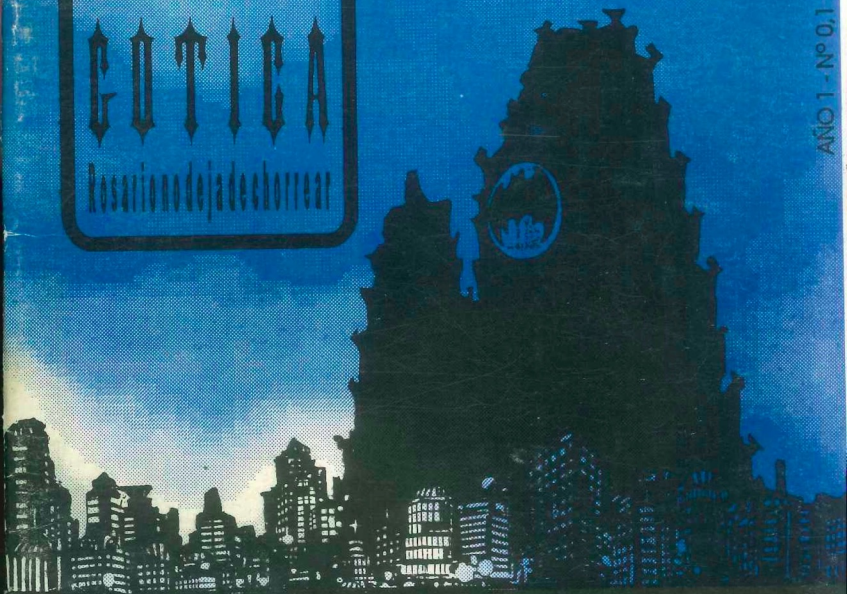




AÑO 1 - Nº 0,1 - OCTUBRE 1993



NARRADORES: Andrés "Polaco" Abramowski - Patricio Pron - Cecilia José Pablo E. Teobaldo - Nacho Rosselló - María Graciana Petrone - Diego Martínez Sergio Gioacchini - María José González - Javier Girardini - Esteban Crincoli Juan Ignacio Arias

POETAS: Pablo "Crash" Solomonoff - Herminia Julia Claeys Julián Sinópoli - María Laura Salazar - Nahuel Marquet

ILUSTRADORES: Rubén Gutiérrez - Francisco "Pancho" Paronzini Miguel "Indio" Waelkens - Darío Sigismondo - Valeria Gericke Frank Miller - Gahan Wilson

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sumario

Staff

Director

Sergio Gioacchini

Jefe de redacción

Pablo E. Teobaldo

Jefe de Ilustraciones

Francisco "Pancho" Paronzini

Diagramación

Estudio de Gráfica

Colaboradores

Andrés "Polaco" Abramowsky

Patricio Pron - Nacho Rosselló

Javier Girardini - Diego

Martínez - Esteban Crincoli

Pablo "Crash" Solomonoff

Nahuel Marquet - Herminia

Claeys - Juan Ignacio Arias

Cecilia José - María José

González - María Graciana

Petrone - Julián Sinópoli -

María Laura Salazar.

Ilustradores

Rubén Gutiérrez - Luis Darío

Sigismondo - Miguel "Indio"

Waelkens - Valeria Gericke -

Gahan Wilson - Frank Miller.

CIUDAD ETCÉTERA revista

mensual de narrativa. Publicación independiente.

Redacción: Suipacha
731 - Depto 3.

Tel. 387213-398703

Para acercar material dirigirse a la redacción los jueves a partir de las 21,30 hs.

R.P.I en trámite.

Búsqueda en Rosario City

por Pablo E. Teobaldo

Confía en mi amor

por Sergio Gioacchini

Busco algo en la noche

por Nacho Rosselló

Paseo nocturno

por Rubén Gutiérrez

Caldo de Gallinas

por Javier Girardini

Una mujer gorda / El armario

por Patricio Pron

Dormir o no dormir

por Andrés "Polaco" Abramowski

Demasiada presión

por Diego Martínez

El sillón de los recuerdos

por Esteban Crincoli

Cimabombo Vincitor

por Juan Ignacio Arias

La historia propia

por María José González

Lo Frívolo

por Cecilia José

¡...y entonces lo agarramos!

Gahan Wilson

La ovejero belga

por Darío Sigismondo

Los imperdonables

por María Graciana Petrone

Las Topper de siete leguas

Pablo "Crash" Solomonoff

Poesía

María Laura Salazar

Desde lo cierto a lo existente

Nahuel Marquet

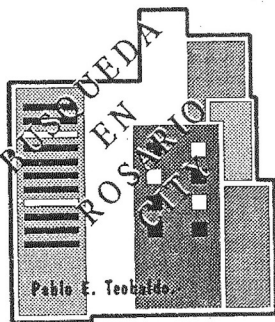
Opus 1300

Herminia Julia Claeys

La última extraña criatura

Julián Sinópoli

HAPPY BIRTHDAY



Ok, ok. Ya empiezo. No se atropellen.
Algún día de febrero de 1993.

Sí, chicos, es el cumple de Marianito.
Vamos a Olaf a tomar unas birras y a comer otras
pizzotas. Diez o doce chicos alegres y
dichadacheros. Sí señor.

Una anécdota lleva a la otra, hablan todos
juntos, el Turco cecea, Nacho corrige errores,
Juanma ríe con ojos de nada líquida, Eduardo
relata un fife histórico a unos trave, Mario da el
toque de porteñismo, Dante parece un buen
chico, el Pitufo y el Tula son de la banda de la
lepra, está todo bien.

Muchas cervezas, tal vez veinte. Y... uno
se pone alegre. Hay un Citrulo, un Mehari y un Mazda, amén de una enduro 250. Levamos
anclas sin rumbo fijo; hay promesa de pala y fasito pero no pasa nada. Corremos por las
calles, la sangre se calienta por efecto de la cerveza y la alegría comodín, esas que aparece no
se sabe bien cuándo ni por qué, rugen los motores, hay una picada por un papel, la moto
hace willies, las luces de la ciudad recorren mis retinas, rápido, más rápido, más, rumbo al río,
rumbo al río... El aire es benigamente fresco.

Paramos a cargar nafta. Cantamos unas canciones de Zas; se cambia el cassette:
ahora es Phil Collins. Arrancamos de nuevo. Vamos a la costa, sí, chicos, vamos a ver qué
hay de nuevo.

Llegamos a Mordiscold. Una cerveza más, dos, tres sangrías de los dos colores, mejor
la birra, Marito Chanchito arma un faso, qué bardex, pero it's all right, it's all right, iqué rica
está esta sangría! Un peligroso vaso, un segundo vaso mortal, pero los últimos tragos ni los
sentís, una sequita, y otra, y un Camel para aplacar ansiedades, uauAUAUUU, hay un viejo
muñeco enganchado, creo que se llama Enrique, y todos lo toman de forro, pobre viejo, no
me gustaría terminar así, NO VOY a terminar así, estrellas y buen rocanrol en el bar, una
leve brisa se levanta por el lado de la isla, la mente me dice que está lista para partir, ok, let's
play, un pensamiento pasa rápido como el correcaminos por mi cerebro, el cielo es de un
azul intensamente oscuro, puede adivinarse alguna presencia celestial en la bóveda de queso
cósmico.

Pasa un cometa.

Puedo sentir su fuego.

Es frío... un fuego frío, que quema mis mejillas. Otra pitada al Camel. Otro trago de
vino endulzado y fresco.

Cierro mis ojos para sentir el viento que acomoda con destreza mi pelo.

El espíritu despierta y pide volar hacia las alturas, en busca de lo infinito. "Sos libre",
le digo. "Andá."

Pasión atraviesa estadios galácticos, una nueva forma de energía sufre mutaciones
intensísimas y veloces, no es posible seguirle el trance, el trance de una tribu arapajo en el

desierto, y Jim que sonríe en el centro de la imagen, todo tiene el fulgor dorado de las arenas del desierto, todo es puro e intenso, Jim cambia su rostro al de una foto de crema de afeitar del Selecciones del Reader's Digest de la década del cincuenta, y sonríe, sonríe, sonríe como un santo, como un ángel del deseo, como invitando a la resurrección de los mitos sesentistas, un lagarto, un monstruo de Gila, un dragón inmemorial que saca su lengua roja y delgada y dura, una centella que estalla en el campanario de la iglesia del pueblo de detrás de las montañas, todo es verde, como a través de una lente óptica para cazas interceptores, una hoja tamaño carta se desliza en el aire del desierto, entre remolinos, está en blanco, Jim sigue sonriendo, juntos escribimos un poema en esa hoja, las palabras hablan de paz y de amor y de sexos húmedos y de dientes apretados y de labios carmesí brillando contra el blanco de las sábanas, y más, más palabras, más deseos incontenibles, libertad en la hora del rocío, los cuerpos se revuelcan desnudos entre las hierbas de la mañana del incipiente otoño y todos ríen y corren por la suave planicie del desierto y bailan alrededor de las hogueras y cantan canciones de rebelión y locura y sensaciones ocultas y una increíble corriente eléctrica recorre la piel de los jóvenes, y la electricidad es celeste y suave, y llega la luz del Sol, y todos se envuelven en mantas, y acercan sus cuerpos a fin de conseguir calor, pues el Sol es frío, y duermen tiritando, y se abrazan, y sonríen en sueños...

"It's time for you to go." Es Jim Morrison quien vuelve a hablar, sin dejar de sonreír. Veo (siento) su etérea forma elevarse, y desaparecer mientras suena una dulce canción de fines de los años cincuenta que dice Nena, por favor dime la verdad, quiero saberlo antes de que llegue a tu puerta, vamos, nena, dime la verdad, ¿me amas?

El Mehary se mueve una barbaridad. El viento es fuerte ahora, mientras volamos junto a Flash Gordon por el Paseo Ribereño. Vuelvo a cerrar los ojos. El próximo combate está cerca, y los hombres-halcón tal vez necesiten mi ayuda.

No, no lo creo. Se las pueden arreglar muy bien solos. Otra vez será.

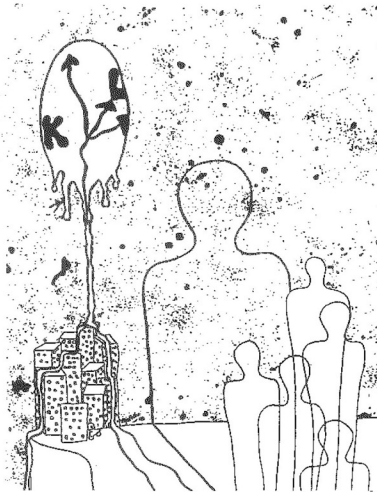
Ahora la noche indica que debe intentarse otro camino, otra desviación, otro desvarío.

¿Es que nunca será suficiente? La respuesta está en cada momento, en cada decisión, en una canción, un amor, un dolor. La respuesta está en lo más salvaje del espíritu, y en lo más melancólico del corazón. Está en un beso de amor inocente, y está también en la caída de un precipicio.

La respuesta... Los límites son aún desconocidos. Eso es tentador.

Busquemos en el fuego, en el cielo ardiendo en llamas de delirio.

La noche es buena consejera.



CONFIA EN MI AMOR

Sergio Gioacchini

Escurriéndose hacia el fondo del mingitorio va parte de mi cuerpo. Estoy harto de este lugar. Demasiados putos, chulos, lesbos y demás caricaturas de la fauna decadente. ¿Por qué estoy acá? ¿Por qué permanezco? Son aproximadamente las cinco de la mañana y el alcohol está explotando dentro mío.

Termino de lanzar y me acerco al lavabo, que está abarrotado de gente; gente de diversos sexos que corta merca y se la in-

trduce en sus hambrientas fosas nasales. Despejo un poco el lugar y me lavo la boca. Mariana está perdida dentro del local. Seguro que me está buscando por todos los rincones. Un chico muy simpático, buen culo, lindos ojos azules, se me acerca y me pide fuego. Tiene en la mano un pitillo de marihuana y por lo estrábico de su mirar seguro que hace rato que se la ha estado metiendo dentro del cerebro. Me dice que está harto del lugar -me toma sutilmente y por un brevísimo instante de la mano mientras le alargo el encendedor-, dice que tiene unas pepas holandesas en la casa, acá nomás, a la vuelta, que si quiero podemos ir ahí y pasarla bien. Tranquilos. Solos. Vos y yo.

La propuesta es interesante, yo quiero irme de este lugar. De todos modos, ya pasaron tres horas desde que robé en la estación de servicio de la calle Córdoba, y pienso que ya tengo una buena coartada con Mariana y otra mejor con este marica. Lástima que el tipo de la estación se puso estúpido y tuve que dispararle, sino todo hubiera salido perfecto. Le digo que sí a Marcelo, que vayamos. El me frena, me toma de la cintura y me ofrece un toque de merca antes de irnos. La corta con el borde de la American Express, peinándola en forma prolija. Hace cuatro líneas delgadas y extensas sobre el espejito de un travestido y me lo pasa. Mientras me inclino para jalar Marcelo me acaricia el pelo y el cuello. Cuando me levanto lo beso, agarrándolo fuerte de las nalgas. Se revuelve encantado, suspirando soñador.

La merca pone un marco encantador al boliche y el flash, que gira estupidizado, fascina mi vista. Marcelo me tiene tomado de la cintura, con la cabeza apoyada sobre mi hombro, cuando veo a Mariana venir corriendo. Quiere abalanzarse, tirarme de los pelos, arañarme. Le doy una buena trompada, y su bonita cara explota roja de sangre y amargura. ¡Qué pretende esta mina! ¿Amor eterno? Ridícula. Mejor partir.

La casa de Marcelo está en un segundo piso y tiene toda la apariencia de un loft decorado a lo taller de artista de los '70. Hay algunos cuadros a medio terminar dentro de una espaciosa habitación que él define como "el estudio". Luego pasamos a otra que es la sala de audio y video, donde unas pequeñas luces halógenas dan un marco muy moderno, muy yuppie, a todo. Marcelo, aún tomado de mi mano, me lleva de un lado para otro. El baño con bañera para hidromasaje; la cocina, con microondas, larga mesada de mármol gris y enormes tablas para cortar carnes apoyadas contra un costado de la alacena. Unos grandes cuchillos con mangos negros, que están alineados de mayor a menor, cuelgan de un aparatoso andamiaje. Marcelo me abraza y me obliga a seguir viendo su casa. Yo no puedo dejar de mirar las tijeras de trozar y el hachuela para seccionar pollos. El tira de mí preguntándome que qué es lo que me pasa. Nada, digo yo. Y agregó: "poné musica y dame algo para tomar".

5 / CIUDAD SÚTICA

¿Qué y qué?, pregunta este estúpido enamorado. "Living Colors y Chivas", le respondo sin dudar. Casi trota para complacerme. Yo vuelvo hasta la cocina y descuelgo el hachuela. La observo y veo que está bien afilada, sin usar aún. Seguro que este maricón sólo utiliza comida vegetariana, o mierda precocinada para el microondas. Me la guardo en el bolsillo interior de mi saco de cordero. Marcelo vuelve con dos vasos en las manos y con una espantosa sonrisa instalada en el medio del rostro. Llevo la mano hacia el bolsillo, pero no. Me freno. Me alcanza uno de los vasos y diciéndome ¡sorpresa! saca del bolsillo superior de su chaqueta un par de pepas con un ridículo corazón rojo adentro. "Y qué", le digo. Bajo la lengua, me dice. "No", digo yo. "Después". Los Living comienzan a atronar leídos por el laser del CD.



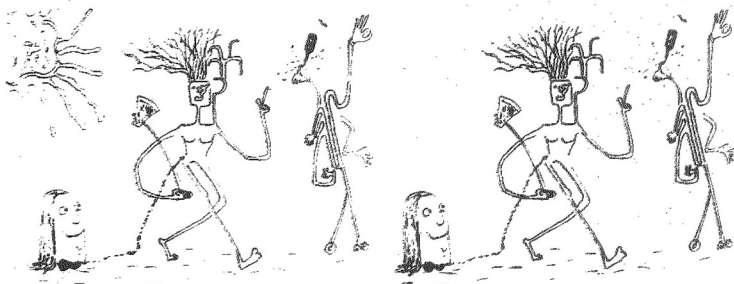
Abrazo a Marcelo que se arrebujaba adormilado contra mi pecho. Siento su cuerpito caliente contra el mío. Una mierda, una nada. Tan tibio y sin gracia, pequeño. Me aparto y bailo tomando grandes sorbos de whisky. El se me acerca con los ojos chanchos, y lo despido con un empujón que lo hace retroceder unos pasos y luego tropezar con un inmundo almohadón hippie. ¿Pero qué?, dice. Yo dejo el vaso sobre una mesa ratona y me saco el abrigo, que pesa desmedidamente por efecto de la cuchilla oculta en su interior. No veo un sitio en donde ubicarlo, y lo arrojo sobre un sillón desmesurado de pana verde. ¿Qué te pasa?, dice Marcelo en un hilo de voz. "Dale levántate", le digo. Lo hace. "Darme la pepa", le digo. Y me la alcanza. Lo tomo de la mano y lo acerco hasta mí. Lo miro a los ojos y nos besamos profundamente. Lo aparto de mí y me pongo la pepa debajo de la lengua, haciéndolo él lo mismo. Nos miramos durante un buen rato. Le pido que me sirva otro trago y que cambie esa mierda de CD. "Poné algo de Lou Reed", le digo. No tengo, dice disculpándose. ¿Te gusta Sumo?, me pregunta. "Dale", le respondo. Recorro la habitación, que tiene una mesa de madera lustrada con seis sillas tipo vienesas y toda esa onda, un armario reciclado con un enorme espejo en una de sus puertas, una vitrina con libros y un escritorio con una silla con ruedas debajo. También hay un tablero de dibujo con un banqueta roja con ruedas. Encima del escritorio hay una máquina de escribir con una hoja a medio trabajar. Marcelo entretanto no encuentra el CD de Sumo. Al fin pregunta: ¿Te gustan los Redondos?. "No, por Dios", le respondo. "Son unos traidores". Está bien, está bien, me dice. ¿Qué te parecen los Doors? "Por Dios, Marcelo. Si seguís así vas a obligarme a que me vaya. ¿No será que tuvieras algo que valga la pena? ¿Prince? ¿Miles Davis? ¿Al Jarreau? Marcelo aparece de detrás del vano de la puerta con la cara desencajada. Las pepas nos están haciendo efecto. Me parece ver dos lágrimas que corren por mentirosas mejillas hacia el fondo de su tricota. Levanta sus dos ojos mortales, de ternera, y me dice que no, que lo disculpe, que por favor no me vaya. "¿Será posible?", pienso. Y en voz alta: "¿Nada?". No No No, hace su cabeza de vaquita.

Desesperado le pido otro trago. Siento todo bastante irreal, y este asunto de la música me tiene altamente angustiado. Me alcanza un J & B que me sabe a orina y se lo arrojo a la cara. Marcelo da una vuelta sobre sí mismo, gritando mis ojos, mis ojos. "Puto de mierda", le digo yo. Y le pego una patada en el vientre. El se arrastra por el piso llorando y pidiendo

perdón. Esto tiene la particularidad de enfurecerme aún más y comienzo a buscar mi abrigo y el hachita que descansa en su interior. "Puto, puto", le grito. Y lo veo temblando en el piso, frotándose los ojos. No encuentro al abrigo por ningún sitio. Agarro a Marcelo de las solapas y gritándole le pregunto dónde dejó mi abrigo. Que quiero el hachita. Y él sigue quejándose y frotándose los ojos. Yo con la cara bañada en lágrimas le grito que es un anémico, que es un estúpido, una cagadita de ser humano, que es feo y mormón. El abre sus ojos completamente irritados y me mira desconsolado. Lo arrojo al piso y voy hasta el cuarto de música. Comienzo a hurguear entre los discos de vinilo y encuentro un trabajo de Bill Evans. No puedo creerlo: ¡Bill Evans!

Mi ánimo se calma ante el primer acorde y estoy arrepentido de haberme comportado así con él. Llevo la botella de J & B y el cubo con el hielo. Marcelo está levantándose. Tiene parte del maquillaje corrido -usa delineador y sombras para tatar las ojeras y la suave barba que posee-. Mi humor está completamente cambiado. Le doy una mano para levantarse. "¿Por qué no me dijiste que tenías un trabajo de Bill Evans?", le digo suavemente, acariciándole una mejilla. No sabía que podías aguantarte un disco de vinilo, me responde. "Tontito", le digo, y comienzo a besarle el cuello. Estoy de tan buen humor que estoy dispuesto a sodomizarlo ahí nomás, sobre la mesa de madera lustrada. Lo siento encima de ella. Lo abrazo. Me impresiona un poco su delgadez, pero ya no hay retorno. El ácido vuela por dentro de mi cerebro y rellena de placer todas las falencias del momento. La cara de Marcelo cambia de colores, todos son muy fluos, brillantes y evanescentes. Se levanta y se saca la ropa.

Me despierta el sol de la tarde golpeándome el rostro por una hendidura de la ventana. Estoy con el cuerpo agarrado y mover cualquier parte de él es atormentador, si no imposible. Marcelo está echado a mi lado, durmiendo sobresaltado. Supongo que debe estar soñando. Trato inútilmente de recordar los sucesos del día pasado. Escucho los ruidos del exterior. Gente atareada, colectivos, vehículos. Toda una cultura del movimiento y la producción. Me levanto y encuentro la bandeja dando vueltas sobre el final del disco de Bill Evans. El dolor



**BLOOM SAGO CORBATA DIARIO ESPERAR ESPERABAN DEGOLLADOS YO VENTANA
VENTAS ESPEAKEN GLISH ME FUI. ABRASO. INDIO**

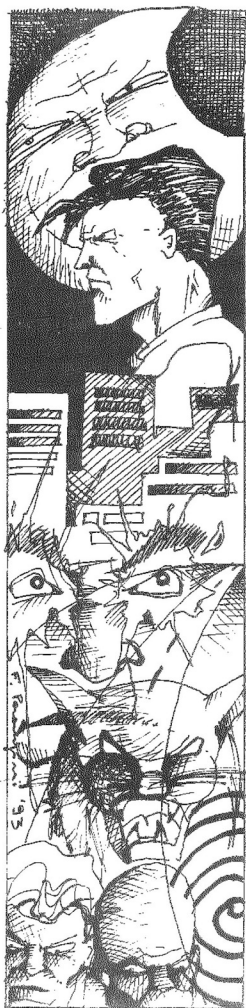
1 / CIUDAD GUTICA

del cuerpo es insostenible. Necesito una línea. Doy vuelta al disco, subiendo el volumen a alturas insospechadas. Resuena el piano como una explosión. Marcelo viene casi corriendo. ¿Pero qué?, dice. "Buen día", digo yo. Se calma y me sonríe. "Que no se me acerque, por Dios", digo para mis adentros. "No podría soportarlo". ¿Querés desayunar?, me pregunta. "Sí", le respondo. "Una línea de cincuenta centímetros de largo, por lo menos". Vas a reventar, me dice. Y le respondo que se deje de joder, y que me diga dónde hay merca. Siempre pidiendo, vos. Siempre exigiendo, me dice. "Ay, por Dios", pienso. "No lo hagas de nuevo, muchachito. Pequeña mierda. No lo hagas de nuevo."

Veó mi abrigo tirado detrás de un sillón. Me calmo pensando en la posibilidad del hachuela. Digo en voz alta, sonando tranquilo: "Mirá Marcelo, necesito de ese material. ¿Entendés? No puedo evitar el ser un poco violento. Pero quiero que comprendas ahora que necesito ponermelo algo adentro. Después hablamos de lo otro. ¿Entendés? ¿No te das cuenta de que puse a Bill Evans?" Hizo que sí con la cabeza y salió del cuarto. Yo no sé por qué entendía todo eso que ni siquiera yo podía darle forma de discurso cuerdo. Pero él sí, afortunadamente. Voy hasta el cuarto y me visto. Marcelo regresa del fondo y trae una pequeña bolsita blanca, en la que calculo debe haber por lo menos 20 gramos. Comienza a peinarla sobre el vidrio de la mesa del comedor; luego hace varias líneas cortas y exactamente paralelas. Vení, me dice, alcanzándome una hermosa borribillita de plata. Me inclino sobre la mesa para aspirar el primer sorbo de combustible del día; y es en ese momento cuando recibo el golpe. Marcelo tiene en la mano derecha una pequeña pistola calibre 22, con la que me apunta.

Hijo de puto, me dice. Maldito hijo de puto, renegado, violento de mierda. Y todo eso lo dice con una seriedad que me deja pasmado. "¿Qué te pasa?", le digo. "¿Qué te pasa, pedacito de mierda?" Siento un miedo tan poderoso que me hace estar tranquilo. Te voy a matar por habermelo pegado a loche, dice perdiendo la calma, poniéndose peligroso. "¿Será que todo terminará así, de la mano de un revólver de mierda, empuñado por un puto de cuarta? Todo así y ¡paf!, nada más de mí". Esta idea me tranquiliza. Me levanto despacio, mientras Marcelo me dice que me quede quieto, que si no, me mata. "Andá a cagar", le digo. Me inclino sobre la merca y jalo dos rayas y me paso un poco por la herida, que al instante deja de dolerme. ¡Qué maravilla! pienso. Me doy vuelta y veo a Marcelo con la vista firme, y comienzo a esperar un disparo que no sale. Me voy caminando tranquilo hasta el sofá y recojo el abrigo que está detrás de él. Marcelo no deja de apuntarme. Me pongo el saco y me dirijo hacia la salida. El me sigue de cerca, con la pequeña arma apuntando a los riñones. Llegando a la puerta de salida, la que da a la escalera para el piso inferior, me dice que me pare. No le hago caso. Tengo demasiada papa encima. Pienso en dónde estará Mariana, en los funerales del tipo de la estación de servicio, en comprarme una moto todo terreno...

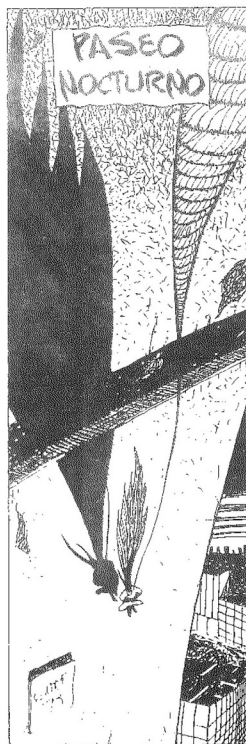
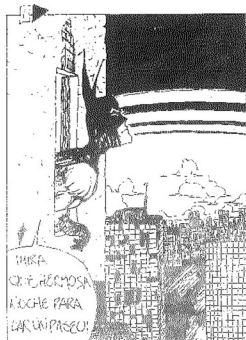
El sonido del disparo es estúpido, tanto como el pequeño dolor que encarna. Una nada. Me doy vuelta y lo veo a Marcelo congestionado por el pánico. Susurra un lo maté, lo maté, que me pone furioso. Saco el hachita de adentro del abrigo y le abro el cráneo en dos mitades casi perfectas. Emanan un borbotón de sangre oscura y luego deja de salir casi por completo. Me siento decepcionado. Vuelvo hasta el comedor y termino de jalar las otras líneas que quedan sobre la mesa. Voy hasta la cocina y lavo el hachuela y lo vuelvo a colocar en su lugar. Al pasar por el comedor recojo la bolsita con la coca. Llamo a Mariana por teléfono y le digo que venga a casa. Que tengo una bala en la espalda. Que quiero que me la saque. Le digo, además, que me perdone por lo de anoche, que estaba fuera de mí. Que no se preocupe. Que la amo solamente a ella.

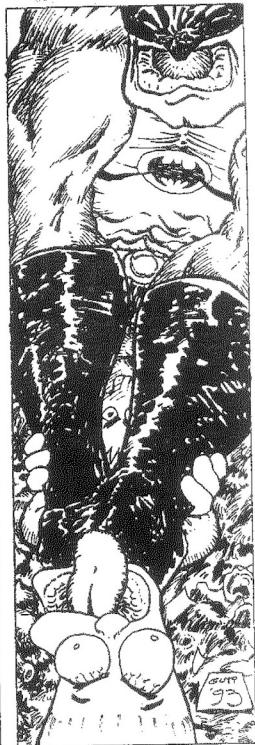


Nacho Roselló

BUSCO ALGO EN LA NOCHE

Busco algo en la noche. El crepúsculo me guía. Las calles me llevan por el mundo. Respiro aires gélidos. Me pierdo en la oscuridad de los callejones. Adictos flotan con los pies en la tierra. La lluvia dejó astillas de espejos entre los adoquines, los disperso hundiéndolos en ellos mis zapatillas. Dos discípulos de Safo se aman en un porche. La Luna me habla de sexo y de amor mientras las estrellas sólo sueñan con lujuria. Los murciélagos son testigos de mi andar solitario. La vida en el viento se disipa a mi alrededor. El desierto de cemento y metal devora las entrañas de cualquier hombre que vive al sol en esta noche. Cruzo rostros cabizbajos rasgados por la complejidad de la mente y sus pensamientos en busca de un ordenamiento opuesto al sentimiento, la razón. No hay ojos en la noche, no hay miradas, no hay simbolismos ni significados ocultos, todo se muestra tal como es. Mi alma aúlla al silencio de la eterna oscuridad de la ciudad, aúlla en búsqueda de otro sonido, alguna respuesta. Dejo en cada paso un recuerdo, tengo tantos como pasos puedo dar al suelo. Cruzo la muerte en brazos de un acuchillado que sostiene sus tripas fuera del alcance de las ratas que beben su sangre. Revuelvo mis sentimientos, como buscando un ordenamiento azaroso para descubrir algo nuevo, una sensación no percibida, pero son siempre los mismos, no existe combinación que los revele en forma distinta. Ni la nostalgia que siento de esos tiempos que no viví me muestran experiencias diferentes. Sé que no conozco muchas cosas, sé que hay mucho que no experimenté, pero tampoco busco probar aquellas cosas nuevas. Descubro entre las sombras a una dama autosatisfaciéndose con sus delicadas manos, una mujer que mira sin ver, que está más allá del deseo. Recuerdo haber olvidado el perdonar. Recuerdo haber perdido. Retomo viejas especulaciones, gastadas reminiscencias de un olvidado pasado lejano, desencontradas en mi camino nocturno. Un felino revuelve un tacho de basura, un hombre busca en los tachos revueltos por el gato, alimento o no sé qué. Camino hacia un final inexistente y nunca retomo caminos andados. Busco algo en la noche, aún no lo encontré.





CALDO DE GALLINAS

JAVIER
GIRARDINI

Mi perdición fue mirar dentro de aquel pasillo en la noche del trece de febrero. La vieja tenía al muchacho contra la pared con un revólver en su pecho y un cuchillo de carnicería bajo sus testículos. Ni siquiera me moví. -Me quiso violar, imbécil. ¡Hacé algo! -dijo sin mirarme.

Con mucha dificultad sostuve al muchacho que se sacudía gritando. Ella le quitó el reloj, le vació los bolsillos y puso todo dentro de un changuito. De un golpe tiró al suelo al muchacho.

-Dale. Traé las cosas -me gritó.

Yo la seguí una cuadra con el changuito.

-Caminá, maleducado. No vas a dejar a una vieja sola a estas horas.

Era pequeña y hablaba fuerte. A decir verdad, había algo juvenil en su expresión, probablemente eran los labios pintados o los grandes zapatos de goma con plataforma que usaba, pero su aspecto desprotegido y mi educación hicieron que la siguiera por la calle, plagada de vidrieras, borrachos y de ese olor a febrero que se respiraba en cada baldosa sucia. Ella silbaba algo de Piazzola. Entramos en un quiosco.

-A ver si te corrés, Cosme.

El ciego que atendía se hizo a un lado. Pasamos detrás del mostrador.

La vieja sacó un manojó de llaves de su abrigo de cuerina negra y me miró sonriente: -Un par de pisitos, nada más -dijo.

La verdad es que el changuito no pesaba tanto, pero esa escalera. Era verde y empinada, sucia y decrepita, y yo sentía que se cerraba justo sobre mis amígdalas. En ausencia de palabras noté por primera vez lo obscuro de su respiración y de sus pasos mezquinos. La escalera tenía apenas sesenta centímetros de ancho, al igual que el pasillo. Llegamos a la única puerta, verde y con flores.

-Pateála.

El departamento estaba sucio y las ventanas tapadas con muebles. Me llamó la atención una gran cigüeña dorada sobre la mesita ratona. Apoyé el changuito en el piso sin dejar de mirarla y antes de incorporarme sentí un látigo ácido en mi espalda; después los culatazos y las patadas.

-Tomálo como una demostración de cariño -me dijo después de haberme tirado sobre el sofá con una cachetada final.

Así fue como llegué aquí. Otro febrero pasó, luego junio, mirando pasar el tiempo en las telenovelas de las tres de la tarde.

II

Me costó acostumbrarme. La vieja me encerró una semana en un cuarto sin ventilación -para que te ablandés, decía cada vez que me traía una milanesa fría o un sandwich seco-. Nunca más volvió a pegarme. Lo hacía Silvio, su amante.

Mi primer trabajo fue limpiar los sillones naranja del living. Después vinieron la cocina -un verdadero cúmulo de grasa-, el baño, los pisos, los techos. Limpié cada rincón, ¡hasta los techos! El departamento era pequeño pero estaba cargado de muebles. La única



ventana en condiciones era la del baño. Tenía rejas y daba a un patio interior oscuro y diminuto en donde nunca se veía a nadie. También cocinaba. Pobre de mí si me llegaba a pasar con la sal o la pimienta. La vieja no vacilaba en ordenarle a su pekinés senil que me desgarrara los tobillos.

Estaba prácticamente solo todo el día, rodeado de alfombras baratas, floreros de plástico y unos gatos sucios que peleaban todo el tiempo con el perro, destrozando muebles y cortinas. También estaba don Octavio, el finado de la vieja, hecho cenizas dentro de una urna que ella guardaba en un gigantesco armario negro, con el retrato detrás y un par de calas.

Después de las seis el departamento se tornaba inusualmente oscuro. Se escuchaban los ruidos del centro. Entre las ocho y las nueve llegaba la vieja y Silvio detrás.

Silvio no era un mal tipo. Un morocho más joven que ella y muy grande de tamaño. Aunque tenía la mala costumbre de cachetearme cada vez que entraba, a veces llegué a sentirlo como un padre. Después de comer y tomar litros de vino barato, me sacaban a la terraza, encerrada entre los gigantescos edificios céntricos, hacían el amor como lo que eran, cerdos. Yo los espiaba por la claraboya. Me divertía viendo el cuerpo seco de la vieja encajado en bombachas diminutas y corpiños con plumas.

Tenía que dormir en la terraza, aún en invierno, en un cuartucho que se usaba de gallinero. El único placer que tenía era mirar la calle, sólo de lejos, por entre carteles titilantes y remolinos de cables. Les contaba a las estrellas o las gallinas mi tragedia, y lloraba en silencio para no molestar a nadie, ni a mi sombra.



Miles de veces traté de escapar, pero era inútil. La única salida era la escalera angosta, y yo sufría de claustrofobia desde los cinco años, cuando una tía me escondió doce horas dentro de un lavarropas para que mi madre no me regañase. Dos veces logré atravesar ese abominable túnel de paredes verdes, pero no contaba con don Cosme, el ciego del quiosco, que aprovechando el estado en que llegaba, me molía a bastonazos con la ayuda de su perro, también ciego.

Pasaba mucho tiempo en el gallinero, aprovechando para asomarme a la calle y ver algo de movimiento. Podría haber gritado, pero el departamento estaba bastante alto y escondido. Pensarían que estaba loco, si es que alguien me escuchaba entre tanto ruido. En verano solían venir muchas palomas a robarle el maíz a las gallinas y yo les enseñaba a los gatos a correrlas, por diversión. Afortunadamente la vieja no subía mucho a la terraza.

Las gallinas no duraban mucho, ella misma las revoleaba por el cogote para después comerlas hervidas -a mí me tocaba el ala-.

A medida que fue pasando el tiempo las cosas se distendieron. Me pegaban sólo dos veces a la semana y me permitieron dormir en la cocina durante el invierno. La vieja me compró alguna ropa y revistas. El perro estaba ensañado conmigo y a pesar de ser viejo, todavía podía morder bastante fuerte.



A ella se le ocurrió que yo aprendiese piano. Todas las tardes se sentaba conmigo y me enseñaba a tocar canciones populares -era una espléndida maestra, aunque no vacilaba en empuñar el látigo-. Recuerdo aquella tarde cuando ensayábamos el "Valsecito de la sin novio". Me cerró el piano en las manos porque yo no daba con los malditos semitonos. Pero

todas estas cosas se hicieron costumbre. A más de un año del accidental encuentro, todo se resumía a una modorra gris, barata y rancia.

III

Decidí vengarme. En las interminables tardes en las que tenía que coser su ropa y la del pekinés planeé con exactitud cada detalle. No sólo quería librarme de ella, sino también hacerla sufrir por cada segundo de este cautiverio. En un mes el plan estuvo completo y lo puse en marcha esa misma noche.

El muchacho cosió y cocinó durante toda la tarde. A las 7:00 PM llegó Silvio. Debía encontrarse a las 8:00 PM con la vieja, pero aprovechó para castigar un poco al muchacho. A las 7:52 PM subió don Cosme con las ganancias del quiosco y no se lo vio salir para su casa. En la terraza las gallinas hacían un alboroto infernal.



La vieja arrastró el changuito toda la cuadra y antes de entrar al quiosco encendió un cigarrillo. Le extrañó que el ciego no estuviera. Escuchó los ladridos del perro provenientes de la escalera. Subió con dificultad. El changuito rodó escaleras abajo cuando vio a don Cosme desnucado sobre los escalones. Hizo a un lado al perro que ladraba sobre el cuerpo y terminó de subir.

-Che, vos -le gritó al muchacho-, ¿qué pasó con Cosme?

El muchacho contestó que no sabía, que estaba esperando que llegara con el dinero.

-¿Y Silvio?

Que no había llegado, fue la respuesta. La vieja comió en silencio. Por un ventanuco sobre el calefón podía verse como se estancaban los aires de tormenta en el cielo marrón. Los gatos entraron y subieron a la mesa. Con la mano, la vieja separó un poco de potaje del plato para que lo comieran. Lo lamieron un poco pero ninguno lo quiso.

-Háganse los estrechos nomás -dijo la vieja mientras el gato más pequeño se rascaba la oreja. El muchacho tomó la labor y se puso a bordar. Bruscamente la vieja se levantó y se fue, cerrando la puerta con candado. Apagó las luces del comedor y encendió unos veladores suaves. Un relámpago iluminó su perfil huesudo y segundos después la sobresaltó el sonido del trueno. Se quitó la ropa y fue en busca de su baby doll lila. El muchacho pudo escuchar claramente el aullido de la vieja cuando el cuerpo de Silvio, apoyado contra la puerta del placard, cayó sobre ella. Con mucho esfuerzo pudo apartarlo. Caminó hasta la cocina y abrió la puerta de un golpe.

-¿Qué mierda está pasando acá? -gritó con el látigo en la mano.

El muchacho no le prestó atención hasta tenerla a casi medio metro. Apagó la luz. La tormenta se desató. En la penumbra rojiza empezaron a sonar los acordes del "Valsecito de la sin novio", errando estridentemente cada bemo y cada sostenido. La vieja no pudo soportar el sufrimiento de sus delicados tímpanos, así que le ordenó al pekinés que atacara. La respuesta fue un raquítico maullido entre la lluvia. El piano seguía sonando. Furiosa, encendió la luz y corrió hasta la olla, donde se enfriaba el potaje. Entre los huesos reconoció la cola peluda y caprichosamente enrollada del pekinés -y el delicado moñito a lunares



que ella misma le había colocado en la oreja-. La música paró. La sacudió el ruido a teclas rotas. Cuando prendió la luz del comedor, el muchacho ya había destrozado a hachazos medio piano.

-¡Hijo de puta! ¡Desgraciado!

La vieja hervía de cólera mientras le arrojaba una muñeca de porcelana. El muchacho siguió destrozando el piano. Le dolió la espalda cuando la vieja se le colgó y empezó a morderlo. El no paró hasta destrozarse el comedor, hasta que llegó al armario negro.

-¡No! ¡Octavio, no!

Poseída abrió las puertas y quedó paralizada cuando vio que faltaba la urna. El hachazo hizo volar en pedazos el vidrio y partió el retrato en dos. Con los gritos de la vieja en el aire, terminó de destrozarse el armario.

-¿Dónde?

La vieja habló suave, melosa, poniéndole el caño del revólver sobre la nuca. Con un movimiento de hacha el muchacho indicó la terraza. Ella le clavó sus tacones en los riñones y salió corriendo. Los gatos la siguieron. El aire de la noche le chocó en la cara y le hizo sentir su cuerpo de vieja bajo el baby doll. Había parado de llover. Miró para todos lados y sólo vio estrellas sucias. A sus espaldas percibió al muchacho señalando el gallinero.

IV



La puerta del gallinero estaba pintada con flores y a la vieja siempre le había gustado. Ahora no. La abrió y entró. La urna estaba frente a ella, sobre una mesa de tres patas. Cerró la puerta y encendió la luz. Las gallinas la miraron. Las piernas le dolían y el sudor le corría por la piel. Una bataraza le rozó los pies. La pateó y avanzó hacia la urna. No recordaba haber subido la lámpara grande que ahora le servía de apoyo a varios animales. Tomó la urna y la aferró contra su pecho. Algunas gallinas picoteaban el piso cerca de sus pies y la vieja sentía un cosquilleo de aire cada vez que movían sus cuellos. Cuando quiso salir se vio rodeada de gallinas. Más de cien gallinas que ni siquiera ella recordaba. Intentó dar un paso y sintió clavarse en su piel el primer pico. Le dolió. Luego, otro más suave. Luego, otro, y otro hasta que no soportó más y retiró la pierna, pateando algunos picos. Cayó boca arriba. En ese momento, sintió los huesos más viejos duros contra el piso, la boca sucia de tierra y los picotazos que eran cada vez más fuertes sobre la carne. Cuando no tuvo más fuerzas soltó la urna, desparillando las cenizas del finado sobre su estómago. Las gallinas empezaron a picotear las cenizas. Entre la marea de dolor y plumas, levantó la cabeza y vio un papel. Las gallinas comenzaron a picotearle el estómago. El papel decía: "Me olvidé de avisarle que hace un mes que se acabó el maíz". El dolor se hizo insopportable.

Luego de limpiar todas las pistas me golpeé con el hacha y me desmayé. Cuando desperté ya estaba en la Jefatura de Policía junto con los gatos -ellos habían sido los únicos que me quisieron-. En la declaración dije que ella se había enfurecido porque su pekinés había desaparecido. Por eso intentó matarnos a todos. Eso es todo lo que yo recordaba.

El comisario, que era un buen hombre, me consiguió trabajo en una cafetería donde pude rehacer mi vida y tratar de olvidar.



UNA MUJER GORDA

Patricio Pron

"Refiere Coluccio que en el norte de Córdoba... hay una chancha diabólica que se pasea arrastrando cadenas."

Adolfo Colombres.

Cuando despierto siento la angustia de quien amanece con una mujer gorda; y esto es terrible.

La amo -poner en duda este hecho me es imposible-, pero ya no puedo despertar sin contener la náusea, que me amasija el vientre contra el espinazo.

Primero siento el olor penetrante que, con los ojos cerrados, parece provenir del piso, el techo, el armario, las sábanas... Luego le sucede la sensación viscosa y húmeda de cuando no veo. Entonces abro los ojos y me deslumbra y me inquieta; mortalmente pálida, inmensa, tan grande que por las noches me cuesta conciliar el sueño porque temo que, al dormir, ella caiga sobre mí y yo muera.

Silenciosa y quieta, parece que estuviera muerta, que faltara sólo el encaje amarillento que enmarca el rostro, y mi corazón se desboca; pero entonces una tos, un borbotón de saliva que baja despacio por los labios hinchados, me vuelven a la realidad en que vive.

Uno de sus senos yace sobre las sábanas, el otro cae sin sentido, despertando a tan tempranas horas el hambre o la repulsión. Blanca y desnuda es amante, pero también madre o abuela; o una de las vestales del templo de Hestia, con sus vulvas codiciadas; o una prostituta rusa, de esas que uno quita una capa y siempre queda otra debajo, más profundamente terrible que la anterior.

Cuando copula siento que me va a matar; me ahogo en sus convulsiones, en sus espasmos; ella grita y yo aferro el aire de mis pulmones, sabiéndome condenado a un infierno terrible, en su semejanza a esta rutina, por cohabitar con ella,



con su lascivia que es como la de las monjas, y así traicionar a Dios.

Uno recuerda entonces los ruidos atroces que en la imaginiería hacía la Chancha Encadenada que nos llenaba de terror las noches, y luego los intentos absurdos de matarla y colgarla en la Plaza del pueblo, y ser quien mató a la Chancha...

Pero dormida, inerte, no comprendo que un día pueda despertarse, que sea capaz de hacer un movimiento, uno solo. Uno no concibe que ha de levantarse con el mismo humor y el mal aliento de siempre, que hará el café rancio que tanto le gusta, que quemará las tostadas y gritará que llevo tarde a la oficina, mientras corrige los pequeños defectos que yo dejo a propósito en la corbata.

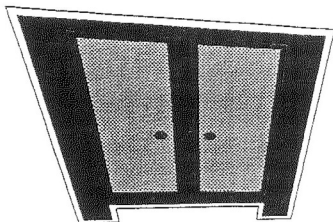
La amo -no lo dudo-, pero al verla así, tan inmensamente pálida, tan frágil como esos jarrones chinos de porcelana, y al pensar que ha de despertarse, uno percibe que no irá a la oficina, que pedirá al carnicero la cuchilla con que destroza las reses todas las mañanas; envuelta en papel madera la meterá en el maletín y va a sentarse en una plaza a leer lentamente los policiales del diario y, al volver a la noche, esconderá la cuchilla bajo el colchón y esperará el otro día.

EL ARMARIO

Con la mirada extraviada, perdida entre los anaqueles y el boticario; con los dedos entumecidos aferrados desesperadamente a las patas de la mesa; con la voz quebrada por el llanto, una mujer puede gritar:

-¡Mamá!.. Por Dios... No en el armario. No. No quise hacerlo... Te lo juro...

Y luego ser arrastrada por la casa y frente al retrato de la madre muerta, y ser encerrada en el armario, donde golpeará inútilmente y del que no volverá a salir jamás.



Alquileres - Ventas

Daniel Héctor Salfi

San Nicolás 1028
Tel./Fax 041-390305
2000 ROSARIO

DORMIR O NO DORMIR

(¡Esas son tragedias!)

"...sabía que su inmediata obligación era el sueño". Jorge Luis Borges, "Las ruinas circulares"

"Encantado por esa visión, se despertó." Franz Kafka, "Un sueño"

Andrés "Polaco" Abramowski

Vengo de la tierra en la que los sueños son realidad. No, entiéndanme; no es como aquí, donde mediante sistemas obsoletos como la lotería los sueños se hacen realidad, no. En mi país, los sueños son realidad, así como lo escuchan. Y por eso estoy aquí con ustedes.

No sé a qué se debe ese fenómeno. En realidad nadie lo sabe, pero todos arriesgan sus conjeturas. Hay quienes dicen que es químico, fisiológico, after-telepático, hay quienes dicen que es literario. Lo cierto es que en estos tiempos para la mayoría de los míos suele ser trágico.

Había una época en la que soñar no costaba tanto como la vida, no implicaba peligro. Muchas veces era un inmenso placer, aunque, al igual que ustedes, no podemos soñar lo que queremos. En verdad, no es que no controlemos nuestra realidad onírica; lo que ^{no} podemos controlar, al igual que ustedes, son nuestros deseos. De todos modos, puedo jactarme de haber hecho el amor dos o tres veces con la más bella actriz del cine de mi país. Claro que nunca pude amanecer con ella. También tuve la oportunidad de conversar en privado con nuestro rey, quien vive en una fortaleza vedada a la mayoría de los míos mientras es de día.

Pero ahora las cosas son diferentes. Han pasado muchas cosas turbias en mi país y la gente ha perdido la capacidad o el interés de soñar. Quizás sea a causa de una epidemia de sueños trágicos que llevaron a miles de personas a la muerte. Muchos amigos, incluso familiares míos, han perdido la vida a causa de algún vericuerdo del inconciente que ninguna autopsia puede develar. Mi padre; por ejemplo, ha muerto carbonizado, por lo que se supone que soñó con un incendio. Un primo de mi padre amaneció con los huesos totalmente picados, como si hubiera caído de un precipicio. Y los ejemplos de este tipo son muy comunes; no es para nada raro en mi país encontrar personas muertas en las camas, por las mañanas. Se podría decir que los sueños -o lo que muchos sueñan- son la principal causa de muerte en mi tierra.

Señores, el problema más triste hoy en mi país es que nadie quiere dormir, nadie quiere exponerse a una realidad impredecible. Casi todas las personas sólo se dedican a trabajar, comer, mirar televisión, y a tomar anfetaminas. Ya casi nadie duerme, hacen todo lo posible por quedarse despiertos a toda costa, no se divierten por miedo de cansarse. Hace un año que las noches son muy especiales aquí: las luces están prendidas todo el tiempo y lo extraño es encontrar ventanas a oscuras. Pensar que en otros tiempos era al revés.

Los hombres de ciencia están tratando de descubrir los factores de esta epidemia, pero lo único que se logró es diseñar un despertador que evita que una persona sueñe, ya que la despierta al detectar una realidad onírica, como se llama a esa especie de ficción

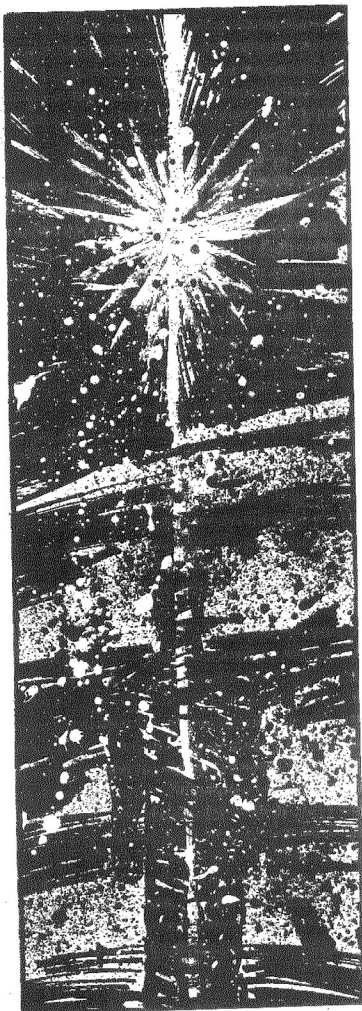
tangible en el tiempo y en el espacio, que constituye la materia de los sueños. Dos defectos tiene, sin embargo, este aparato: además de cortar todo atisbo de sueño, ya sea peligroso o placentero, su costo es tan alto y su fabricación limitada que muy pocos pueden adquirirlo. Por eso los sectores conservadores y el gobierno -quienes nunca fueron muy adictos a soñar- proponen no dormir, que es lo que la mayoría de la gente precisamente hace. No por convicción, sino por miedo.

Y yo no sé que hacer. Desde hace una semana que no puedo mantenerme despierto. No tengo despertador anti-sueños, y sé a qué peligro me estoy exponiendo. Quizás pase lo inevitable algún día, pero lo cierto es que cada vez le tengo menos miedo al destino. Sólo quisiera que mi pueblo recuperara las ganas de dormir, de afrontar la vida con sus riesgos, de pelear contra la rutina. Casualmente hoy estoy aquí con ustedes, seres a quienes había imaginado alguna vez. No sé por qué, pero veo que sus sueños, sueños son. Me gustaría que pudieran ayudar a mi pueblo, o aunque sea, que podamos venir a descansar sin miedos a estas tierras.

Pero sé que es difícil; la gente allá se acostumbró a vivir despierta aunque no lo desee, y sería una utopía creer que los sueños dejarán de ser realidad, ya que así será siempre en mi país -pocos avisan una realidad diferente para el futuro.

Ahora debo despedirme. Dentro de un instante despertaré, yo sé cuando ese momento se aproxima. No sé si los volveré a ver, quién sabe dónde estaré mañana. Tampoco estoy seguro de volver a dormir, quizás ya nunca duerma, o tal vez muera por hacerlo.

ZZZZZZ... ZZZZZZZ.



DEMASIADA PRESION

Diego Martínez

Nada se compara al odio de perder.

Indiferente me da 11 cartas sobre la mesa, las tomo y las desparramo con prolijidad sobre mi mano izquierda. Miro a Gregory, que me ignora, absorbo en lo suyo, y continúo con el preparativo. Una a una las voy acomodando en el orden que les corresponde; en este momento la J de tréboles discute conmigo, alegando que no puede estar junto a un 6 de piques, apenas si es un peón, dice en voz alta para que el menospreciado 6 la escuche. Sin decir palabra hago como que no sentí nada, pero pongo un 2 de tréboles entre las dos cartas, como para evitar problemas.

El juego es así: once naipes para cada uno, luego se ponen sobre la mesa cinco cartas boca abajo y una dada vuelta sobre estas últimas, el resto del mazo queda al lado boca abajo. Para robar el pozo es necesario tener dos naipes iguales al que está encima, más una cantidad de puntos en forma de rago, eso es suficiente para entender. Yo estoy convencido de que el primero que roba el pozo llega, al menos, hasta el final de esa ronda con una buena cantidad de puntos.

Gregory espera con ojos mudos; apuro mis manos provocando un descontrol de dedos que casi desmoronan el abanico en mi mano. Alzo dos cartas del mazo, por el momento me está vedado el pozo y su tesoro. Tengo que poner especial atención sobre la carta que voy a tirar cuidando que a Gregory no le sirva para llevárselo; pero, ¿cómo saber cuál no tiene? En mis manos las cartas miran hacia abajo, tratan de pasar desapercibidas, evitan mi mirada, creo que una tararea muy bajito, ninguna quiere irse, pero debo sacrificar a las que no me son necesarias.

Me decido por la única K que tengo, de diamantes, que se desmaya de la impresión cuando la agarro entre mis dedos. Estoy a punto de tirarla, pero escucho a uno de los comodines que tengo en las manos, son los peores de todas las cartas, pienso, porque tienen mucho valor y creen saberlo todo, no seas estúpido, murmura, si querés quedarte con el pozo tirá el 4 de diamantes, pero no la K. Se da el lujo de hablarme así porque, al ser un comodín, no me conviene desprenderme de él. Lo miro de reojo... Y tiro la K, aún en mis dedos, que cae laxa sobre el montón. Gregory mira nervioso sus cartas. Yo, todavía más nervioso, espero alguna señal en sus facciones, que por fin se desarman y comprendo que no puede llevarse el pozo. Miro con sorna al comodín, fue un golpe de suerte, me contesta altivo. La taza de té a mi derecha humea sin cesar, pruebo un sorbo gustoso y mi pecho se calienta con rapidez.

Ya jugamos nueve turnos completos cada uno, en los que la tensión se apoderó por



completo de mi cuello, de mis hombros y de mis dientes, que siguen buscando, desesperados, mis uñas prolizas. El té, acaba de decírmelo Gregory demasiado tarde, no tranquiliza, altera, y yo estoy terminando mi cuarta taza. Si a esto le agrego el hecho de que las cartas, en los turnos anteriores, terminaron confabulándose en contra mía junto a las cartas que estuve alzando, tramando algo impúdico, es de comprender el estado de perturbación en que me encuentro.

El juego continúa.

El pozo y su tesoro equivalen a una tonelada de oro a esta altura, y las cartas, cada vez más numerosas en mis manos, murmuran sin dejarme escuchar, me están dando órdenes cuando las agrupó, y gritan cuando es mi turno de tirar.

Tu turno, masculla Gregory, y me pone más nervioso. Acaba de tirar un 8 de corazones y yo tengo dos 8 en mis manos, es mi oportunidad. Primero quiero comprobar que llego con la cantidad de puntos necesaria para bajar las cartas, pero con un poco de tranquilidad está todo bien, me digo, llegás. No encuentro explicación al repentino silencio en que se sumergen las cartas que de pronto enmudecen, sin motivo aparente. Lo tengo que atribuir al hecho de que, por fin, me voy a llevar todo. Vacío la taza con un último trago, vuelvo a acalorarme, miro a Gregory a los ojos, me decido y bajo mis juegos sobre la mesa. Son dos 8 míos por el que tiró él, después bajo tres Q junto a tres comodines, creo todo concluido.

No, sentencia él sentado frente a mí, no podés bajar tres comodines en un mismo juego, sólo se permiten dos; y con dos comodines no llegás al puntaje necesario, así que levantá todo.

La perplejidad está pintando mi cara de blanco, lo puedo sentir; la vergüenza, de rojo; muevo mis manos ahora para levantar las pocas cartas sobre la mesa y callo por completo. Los naipes, de nuevo en mis manos, encuentran gracioso lo que acaba de suceder y estallan en carcajadas, risas burdas, sonoras, hirientes. No conformes con esto ahora comienzan a insultarme por mi mal desempeño en el juego. Risas, carcajadas, insultos, risas, carcajadas, insultos, risas, carcajadas, insultos, risas, risas, risas, risas...

¿Cómo sigue? Gregory se está levantando todo y la partida termina, me está humillando, dejándome con un puntaje desolador. Las cartas no pararon ni un segundo. Me voy a calentar más té. Sirvo en las dos tazas.

En este momento termino de decidirlo.

Es mi turno de mezclar y repartir. Tomo las cartas en mis manos, y las mezclo como es habitual, mareándolas casualmente; quiero hacerles ver mi total despreocupación. Por cierto, estoy simulando. Las cartas se están preparando para otro juego de burlas, lo presiento, pero no pienso dejarlas. Intempestivamente, me armo de un revólver negro y estoy apuntando a todas las cartas reunidas en mi mano izquierda. Es un único grito de horror cuando ven el caño del arma que en este momento está apuntándole al lomo, y ese grito termina con un orificio en el medio de cada una de ellas.

La pólvora que entra en mi nariz me está haciendo saber que ya todo terminó. No juego más, le digo a Gregory.

DEMASIADA PRESION



Dra. Viviana Raguseo

Alergias



Centro de Garganta, Nariz y Oídos

Rioja 1744 Tel. 250634

EL SILLON DE LOS RECUERDOS

Sentado en el sillón marrón, de frente a la ventana que da al jardín de la familia Arias, Rodolfo mastica por tercera vez el quinto bocado de la tercera porción de pizza.

Ya han pasado exactamente tres años del día en que decidió almacenar datos.

Desde el momento en que comprobó que la vida pasaba, y que él sólo podía retener alguna que otra imagen en su memoria, se empecinó en hacer de su mente un gran archivo donde guardar no alguna, sino todas las cosas que sucedían a su alrededor.

Para semejante empresa era necesaria una extrema atención y concentración.

Empezó por ubicar el más cómodo de los sillones junto a la ventana de la parte derecha de la casa (sin duda la más tranquila).

En los primeros meses dedicaba las tres últimas horas del día para recordar y almacenar los hechos sucedidos en el transcurso de la jornada, pero se percató de que no todo volvía a su mente con la suficiente claridad. Entonces dedicó cinco horas más al ejercicio.

Advirtiendo que esto no alcanzaba tomó la decisión de postrarse en el gastado sillón todas las horas en que el sol alumbrara.

Al despertar cada mañana gastaba una o dos horas en acomodar los recuerdos que el día pasado ya había almacenado; debido a esto empezó a robarle horas a la noche, ya que los sueños nunca eran demasiado claros. (Vale aclarar algo muy importante: Rodolfo analizaba cada recuerdo antes de archivarlo).

Nosotros, los que aún convivíamos con él, nos remitíamos a acercarle comida y proveerle cigarrillos y pastillas para quitarle el sueño.

Nos costó mucho acostumbrarnos a verlo como un mueble más de nuestra casa; sin embargo, antes de irnos a dormir, solíamos juntarnos a observar su inmutable estupidez.

Después de un tiempo empezó a emitir unos olores realmente desagradables, y tomamos la decisión de aislar la habitación en donde él se encontraba. Mis visitas a su reducto se fueron espaciando, pero nunca podía lograr sacármelo de la cabeza.

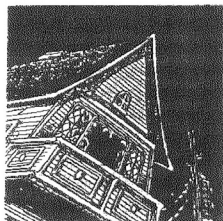
Un día, cansado de tanta indiferencia, decidí enfrentarlo y tratar de sacarlo de su encierro.

Entré en su habitación y me ubiqué delante de él. Por supuesto que él ni siquiera se inmutó. Me vi obligado a propinarle un tremendo cachetazo seguido de un baldazo de agua fría que había llevado conmigo. Increíblemente reaccionó y después de unos minutos me observó directo a los ojos como preguntando o pidiendo una explicación. Tomé fuerzas de donde pude y esbocé la pregunta.

No podía haber previsto que las consecuencias serían trágicas. Cuando saltó sólo atiné a tirarme hacia un costado para evitar los vidrios. Al instante logré ponerme de pie y vi a Rodolfo tirado en el jardín de los Arias.

Después de tanto tiempo todavía no logro que me crean que se desesperó al no acordarse de su nombre. Pero la verdad, la verdad, es que no deseo recordar.

Esteban
Crincoli



CIMABOMBO VINCITOR

(Vo quiero ser profeta 1º)

Oxe, ioh cadete de los dioses que pululan en mí como fuente de agua viva!, escucha mi historia y luego decide por tu criatura metálica su destino, es al mío tucanil.

(Escribo esto muy lentamente para que entendaís todo lo que digo).

Yo la había amado, ioh inmisericorde!, los días de lluvia, con esos lentos brotes sicópatas característicos de nuestra vapuleada raza artificial. La amaba en la experiencia de los inconsecuentes, como un vino rojo que tomé alguna vez. La quise al principio, en un raptó tuberoso que me llevó a perder la pista del niño Hopchinson, inestable mental producto de una mala terminación quirúrgica a sus dos estómagos, obligatorios en todos los humanos posteriores a la gran guerra que llevó a los vegetarianos al poder (niño indómito, moriría años después al atragantársele un alambre entre sus dos pedúnculos digestivos, por culpa de su propia imbécil miserable conducta).

Me direis que no deje caer las musas en donde no les plazca, pero no les significa mayor provecho a sus batracias piernas.

¿Me sigues, ejemplo para la humanida raza de dos estómagos ciliantes que evoluciona hacia la perfección absoluta contemplando el horizonte? La volví a amar a la vera de los caminos, cuando volvían al hogar los niños descarriados esparciendo sus excrementos en mal disimulados vicios. ¿Debo decir que ella sola bastaba vastamente para emocionar mis cuatro patonas de utilidad secundaria? ¿Debo explicar la chingadura del matachanchos de hule y la secreción sudorípara del cierrapanchos de aluminio? Entonces... ¿Cómo pudo ser arrebatada de mi vista una tarde en que un rebaño de ancestros humu la pisoteó?

Dicen que la locura condesciende a los oficios del simulacro, pero esa frase me resulta incomprensible.

¿Ella había muerto? Cadete de los dioses y nada más deberías ser, para no atinar su pernoctámbula en la mesa quirúrgica de un Bazterrica santa, que la transformó en una belleza resplandeciente de ojos chinescos. ¿Y yo?... ¿Estaba? Con tino preguntareis no, no, NO, nunca estaría, permanentemente oculto en la oscuridad de un bulín de la calle Ayacucho, gastando miserablemente mis dineros en fatuidades (le compré todas las gordas a un demente sólo para verlas gritar ¡AIAIE!, mientras el viento se las llevaba) sobreviviendo gracias a los dividendos que me enviaba mi secretaria, por algunos casos míos que ella resolvía sin dificultades (el niño Hopchinson y la reputa mare).

Como era natural en mí, no asomé los osicos (cumbiambancuba) o la papafrita por el hospital, porque nadie debe aprovechar las

Juan

Ignacio

Arias



desafortunadas circunstancias que algunos de vos, ¡oh excelso!, maquinan para los mortales humu, u hombres mugientes, pero su suya convalecencia fue dura. Se despertaba por las noches, sin motivo alguno, llamando a Pasteur. Procuré aliviarla con la adquisición en cuotas de un Samurai de cola rulito, pero aquello no resultó. Creo que aquel miserable era un advenedizo.

Yo la observé, no obstante, recuperar el vello moteado cuando dispuse del Samurai. Ya no había motivos para observarla tan de cerca pues se recuperaba bien. Volví a mi oficina, en donde mi secretaria acomodaba a dos verdugos de matadero clandestino con mucha, mucha, mucha plata. Y es que con dinero uno vale tanto como los demás desean.

Y ella estaba así como si hicierais de la nada un gran pote de brotes de chorizo. Estaba, la tarde de lluvia que la volví a ver, y os aseguro, cadete de los dioses, que mi hígado de plástico con incrustaciones comenzó a temblarme la poca estabilidad locomotriz de mis élitros con rueditas. Allí estaba, una vaca china de conferencia perfecta, indiferente a las gotas que salpicaban su plácida cara bovina y acanaletada. ¿Iba yo a enamorarla, por amor a los viejos tiempos, con mi piolina cantarina? La respuesta es no.

No lloréis, por favor, me muele el injerto carnívoro que sustenta mi detector subsidiario de tabaco. Os contaré. Ella se fue con un hindú acaudalado, de la jerarquía o del consejo. La esperaba un hermoso camioncito de dos mangueras. Era el tipo de gente que sale a aplastar a los adeptos de la secta aerobista en cuanto salen de procesión. ¿Cómo iba a saber que él, ese hindú garzonier iba a poner los ojos en esa desgraciada, acercándome, platónicamente, a las guampas de Cochis?

Me disgregué, oh radioso, porque no soy un bocón que anuncia sus proceder a bueyes perdidos (aunque curo el cáncer de palabra); me disgregué y luego vino todo lo demás: la banda plutoniana -acercándose con un arma para que los mandara a su séptimo paraíso-, el vendedor de rubios, la chaucha casquivana... Entre todos me corrieron a patadas.

¡Cómo, entonces, podría haber previsto yo, oh insigne!... Porque conñiveras que yo, que supuraba sangre marrón, recordando los buenos tiempos en que se comía bifes todos los días, desmadrugado y achanchileno, cómo iba a saber que aquel Hare-Krishma roto y borrachuelo era el encargado de transmitirme la buena nueva, la venida del mesías cuerito al mundo sanguingual, ¿cómo iba a saber si ni siquiera tenía un peso?

¿Por qué mierda no los mandan con carne?

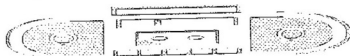


Omnes
PRODUCTOS ORTOPEDICOS

SAN JUAN 1795
Tel. 41175 / 218876
2000 ROSARIO

UTOPIA
Records

Compact Disc - Cassettes - Videos - Discos



Córdoba 1060 - Local 5 - Galería Sudamérica - 2000 ROSARIO

UTOPIA
Records

26 / CIUDAD GÓTICA

La propia historia

María José González

Había comenzado a escribir su primer novela. "la" novela, "su" novela sin más determinaciones que la simple seguridad de saber lo que quería escribir. Todo estaba en aparente orden y las distracciones interruptoras dejaban de ser un riesgo. Ya sabía. Ya sabía lo que quería y en esos momentos podía ser tan feliz como imaginaba que podía ser la felicidad.

No era feliz, y si lo era no lo sabía. No tenía problemas serios y más adelante se daría cuenta de que había vivido la felicidad sin darse cuenta.

Si hubiera querido describir entonces, con palabras, lo que sentía enfebrecido en su novela, nunca hubiera podido. Sólo en ese momento reconoció que a veces las palabras no sirven.

En cada párrafo que escribía se detenía rápidamente, para leerlo con la alegría de haber podido expresar lo que quería, pero no se demoraba porque tenía olvidarse de lo que venía.

Hacía meses que Roque no escribía. Tenía miedo de escribir lo de siempre, de quedar insatisfecho como casi siempre, por más que disfrutara del escribir. Nunca había publicado y mucho no le interesaba. Su casa se había convertido en una biblioteca de libros propios, de libros de amigos, de libros de los grandes y de libros de geniales desconocidos con menos suerte que los grandes.

Pero, ¿qué era lo que había hecho que Roque supiera qué escribir? Roque se lo preguntaba mientras escribía y casi sin darse cuenta, en su apasionado escribir lo escribió, pero sin responder a la pregunta que no tenía respuesta.

La novela tenía un solo personaje; cómo haría para escribir trescientas páginas sobre un solo hombre y al mismo tiempo, cómo haría para que le alcanzaran trescientas páginas sobre un hombre. Todo eso pasaba por su mente a la vez que la historia de su novela, la historia de Pedro, la historia de un escritor.

A partir de ese día su vida cambió de ritmo vertiginosamente. Renunció a la cátedra de la Facultad de Letras y rompió un contrato pendiente. Todo eso se volvió lentísimamente rápido, perdió la noción del tiempo, de lo racionalmente llamado tiempo. Y vivió viviendo a través de lo que escribía. Si Pedro sufría, Roque sufría; si Roque lloraba, Pedro lloraba. El espacio en blanco, la ausencia, el descanso; las palabras, las ideas, la vida. El fin, la muerte. Todo se había convertido en una espantosa relación simbiótica. El espacio físico de Roque ya no era su cuerpo sino que se convertía en tinta que sería descifrada más tarde como la historia de Pedro.

¿Era realmente lo que Roque buscaba? ¿Encontrar la propia historia en la historia de Otro, o peor, no encontrarla nunca?

Nadie nunca consiguió la historia.

-Y esto qué es entonces.

-La mentira más cercana a la verdad de una historia -se rió Pedro.

TALLER DE
HISTORIETAS
COLON 1417 - 831023

CIUDAD BÓTICA / 87

Lo Frívolo

Cecilia José

Frivolidad: Ligero, veleidoso./ Fútil y de poca substancia.

¿Seducción fútil = Frivolidad?

En la frivolidad no hay seducción en el sentido estricto de la palabra (juego estratégico de las apariencias para un determinado fin secreto). La frivolidad puede plantearse como un juego permanente de impacto visual, de atracción perceptiva; un juego perverso donde nadie gana, donde todos tienen que pagar su prenda. Nos atrae, nos fascina; es signo, artificio, ritual en el marco de lo inconsistente. Su finalidad no tiene proyección, como en la seducción...

La frivolidad ejerce y genera encanto sobre sí misma y sobre los demás, y es maléfica (como las mujeres) por prejuicio, aunque actualmente no queda sólo restringida al terreno femenino.

¿La frivolidad sólo sirve para atraer? ¿Es ésta su fuerza y su poder? ¿Existe engaño en la frivolidad? ¿La frivolidad es real?

En esta sociedad todo, obligatoriamente, todo debe ser mostrado, todo debe adquirir el estado de **visibilidad**, hacerse visible, aparecer. Todo debe comparecer, inclusive lo que es de otro orden, del orden del secreto y la seducción. La seducción retira algo del orden de lo visible, la frivolidad es la puesta en evidencia de la pura apariencia.

La frivolidad, como la frialdad, parece impenetrable, impermeable. En la frivolidad no hay posibilidad de profundidad, todo queda en la superficie. Se manifiesta superficialmente para anular la profundidad por el encanto y la trampa de las apariencias.

En definitiva, quiero decir que la frivolidad posee sus encantos, pero no un efecto demasiado determinado, no posee ni la artimaña, ni la estrategia, ni el secreto de la seducción.

Ensayo extraído de "Nostalgias de Seducción", del mismo autor.



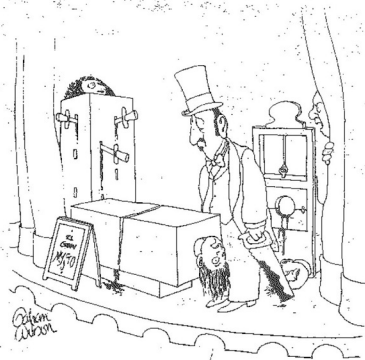
Electrónica
ZACCARI
SERVICIO TÉCNICO
ESPECIALIZADO
EN TV, AUDIO Y VIDEO

Saavedra 535 Tel. 846828
(2000) Rosario



Librería
Logos
Textos en Inglés, Francés,
Castellano
LITERATURA en GENERAL
PSICOLOGÍA - HISTORIA

Entre Ríos 789 - Tel. 25-9352
2000 Rosario



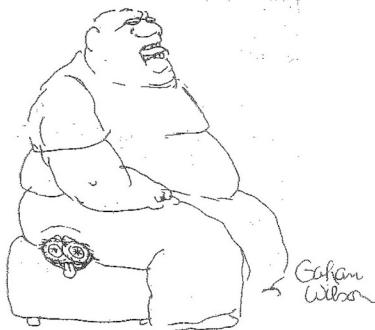
—Mysto ¡estás despedido!



—¡Bien sabe Dios lo barato que es vivir aquí, pero también es bastante deprimente!



—Diga "por favor".



—¿Dónde diablos se habrá metido ese chico?



Podría ser el mar, o un campo recién sembrado
con aire limpio que lava lo primero, la cara;
y allá lejos donde vamos, está el ser...

luego apareció
un ovejero belga
una perra,
la llameé
y vino.

Cuando mostré
algo más, desconfió
y se plantó.
Ladrob', ladrob' con
seguridad. No dudó.

¡Mierda qué duro fue!
¿Qué clase
de animal soy?





Aquí fue el comienzo por la navidad
del '87. Ya tiene... 7... 6 años, y tuvo
dos veces cría. ¡Vaya casualidad!

Hoy seguimos juntos aún
en la misma
Cucha
Cada uno en su
Lugar

A/Angie mi perro — Luis Dado Sigüenza ©/13

LOS IMPERDONABLES

**María
Graciana
Petrone**

I

Vivimos, en verdad, con el continuo deseo de que se cumplan ambiciones fantásticas. A menudo nos cuestionamos nuestras propias ideas, y entre márgenes exiguos y postergados, modelamos pacientemente los días que vendrán. Pero no, no, no planeamos más que un día, o dos, no hablamos de meses, ni de años, porque ellos ignoran si vendrán, si llegarán, o si posarán en algún retrato, encerrados en un marco espeso de alguna que otra vieja pared, viendo pasar nuestra desdicha inmutables y burlones. Es que ellos ignoran nuestros mensajes, los que a diario emitimos con extensas muecas de dolor, con gestos irremediables...

Es que vivimos, en verdad, con el continuo deseo de amarnos eternamente, y cuando el amor acude a nuestras casas... Zas... Nos convertimos en pobres y diminutos seres, para lamentarnos luego de nuestras eternas carencias. Y sí que nos entretiene este juego mortal, estas ganas extrañas de enloquecernos a cada instante.

Porque el amor llegó, alguna vez, y alguna vez el amor habrá de volver a llegar, sin mal y sin remedio, sin otras intenciones que la de emborracharnos la vida.

Y es por eso y por tantas razones que se fueron convirtiendo nuestros cuerpos en una torre de anzuelos aguijosos y punzantes, y no nos propusimos, desde entonces, otra cosa más que sentarnos a la ventana y, tranquilamente, sentir fluir la sangre por nuestros poros.

II

Y es cierto que alguna vez hemos intentado abrir pesadamente los párpados y que, luego de ese vano pero poderoso intento, tuvimos ganas de cerrar los ojos para siempre, y para siempre prometernos que, luego de esas noches lujuriosas plagadas de secretos abismales y placentero cansancio, nos dedicaríamos, gustosos, a mirar el mundo desde fuera.

III

Como un borracho arrojado a una zanja, tal vez, al borde de una calzada vertiginosa pero exigua, así, así veremos pasar nuestros días. O tal vez postrados a la espera de una larga fila, como la que a diario forman los comerciantes y oficinistas para volver a sus casas, nosotros, los imperdonables, esperaremos la muerte.

COPY SERVICE

Andrés Aguirre

Titular

Venta - Service - Insumos

Equipos Nashua - Ricoh - Infotec

San Lorenzo 2863

Tel. 561459

2000 Rosario

**Pablo
Crash
Solomonoff**

**Las Topper
de siete leguas**

Este ardor en el pensamiento
esta fiebre estomacal
esta sed de palabras en vagina de hombre,
este hígado de hombre adulterado;
estado de ensoñación intrascendente
instantánea
sin momento ni tiempo
ni transcurrir,
esta placenta impaciente
contaminada
y fatalmente orgánica
se contradice
con el suplicio de saber
que no es tu culpa
que no es mi culpa
que no es culpa de nadie en tanto todos somos acusados
y culpables.
Inocentes de haber surgido de la pasión de un par de cuerpos
anteriores
no mejores
con la misma sed la misma herramienta la misma institución
y el mismo ardor que heredaron ellos vos y yo
heredaremos hoy
aquel ardor sagrado
en el centro de las córneas
en la médula de lo por conocer
en el orto del alma
en la cárcel en la jungla en la terraza.
Este ardor
es esta mutación hacia un nosotros potencial
y subjuntivo
convulsivo,
impúdico impávido impiadoso
si es que piedad es la palabra necesaria
intrínseco entonces
que despertó en nosotros volición:
el instinto más cercano que une al plancton con el plancton
que unió al Apollo con el Soyuz,
instinto marginal y displicente
que es la urgencia
la velocidad
la fiebre en el estómago,
la tendencia a desaparecer adentro tuyo
y el corazón con andamios
las Topper de siete leguas
vos y yo
en definitiva
todo lo demás.

P O E S I A

CIUDAD BÚTICA / 33

Maria
Laura
Salazar

POESIA

Como
un
espiral
tibio
descansaría
yo
en
tu
vientre

Contra
tus
costillas
de
cal
y
de
hielo

Sintiendo
como
corren
por
tus
venas
bandadas
de
mosquitos
sedientos

Como una sustancia
hecha de lava
que contiene fuego
y sangra
activar
tousas tus luciérnagas
en cantidad inimaginada

Ser
equivalente
a
un Dios
en tu casa

Mi
veneno
es
débil
en
tus
manos
pero
en tus labios debo usarlo
con cuidado

Quiero verte ebrio
borracho
embriagado.

Debo mantener
alejada
mi mirada

para que no
alcance
al niño

que se esconde
detrás
de tu alma

Y tener cuidado
de no inhalar
muy hondo
la pasión
que enaltece
a tus ojos

de no
ingerir
el sueño
inocente
que encierra
tu cuerpo

en caso
de intoxicarme yo
no llames
al médico
dejame:

moriré de amor.

Desde lo cierto a lo existente

Nahuel
Marquet

Hoy se rebelaron las palomas contra las viejas de la plaza
porque el pan que les daban estaba vencido, carcomido, sucio
y no bajaron más a comer de su banquete.

Hoy se rebelaron los vientos contra los invasores aviones
por cruzar el cielo a veces en su contra, entrecortándolos
sin ningún respeto
y no bajaron más a distender el silencio de los mares.

Hoy se rebelaron los brontosaurios contra los tiranosaurios
por su intolerancia y tiranía en el poder
y no bajaron más desde su espacio.

Hoy se rebelaron las sombras contra el sol radiante
porque no les dejaba satisfacer sus deseos más sublimes
y no bajaron más hacia ninguna noche.

Hoy se rebelaron los sindicatos de animales arbóreos
contra el rey de la selva
porque no respondió con violencia a su huelga de hambre
y no bajaron más desde sus ramas, al fin.

Hoy se rebelaron los siglos contra la proporcionalidad de los años
porque les pintaba una historia-antihistoria
y no bajaron más desde los tiempos.

Hoy se rebelaron los espacios contra las nada
porque se estaban llevando todos sus habitantes
y no bajaron más desde lo cierto a lo existente.

Hoy se rebelaron todos los subordinados en el mundo
contra sus empleadores
por el sólo hecho de que se dieron cuenta de su situación estúpida
/de rehenes
y no bajaron más desde el cerebro.

Hoy se rebelaron todos los subordinados en el mundo
y eso pasa adentro mío
a veces.-

P
O
E
S
I
A

CIUDAD BÓTICA / 35

**Berminia
Julia
Claeys**

POESIA

OPUS 1300

Tengo renglones vacíos dentro de mi cabeza.
Tengo mi corazón totalmente blanco.
Entonces: de qué sirven las páginas
cuando no existen las palabras.

D O R M I R ,

**gritar, saltar, vomitar, entender, toser,
desbarrancar, bailar, amar, aguantar,
odiar, sacudir, desnucar, derretir, volar,
masacrar, embestir, soñar, correr, pegar,
escupir, besar, chupar, beber, acabar,
resistir, conmover, excitar, reventar, de-
fender, emborrachar, putear, rocanrolar.**

Son sólo algunas de las acciones
que Usted intentará realizar luego
de escuchar "El Despertador".

Lunes a Viernes, 6 a 8 de la
mañana.

**FM
TL 105**

La última extraña criatura

Monstruos raquíticos de tres ojos
en extinción.

Sacrificios en altares
de razón.
Culto de silencio.

Irónicos moralistas
quemando su ojo central.

Oraciones en el interior
de una pirámide,
bajo su cúspide.

Templos de adoración.

Algunos no disfrazan
al amor de
émbolo carnal.

Signos de rebelión
contra los asesinos
de la líbido.

Aún residimos
la ciudad
de tinieblas,

aún nos ahoga
la noche fétida.

Es un pecado mortal
no poder ver en la
oscuridad.

Salgamos de esta ciudad,
veámosla arder
desde la lejanía.

Podemos buscar
la sabiduría
entre los huesos

y cenizas
de un
Poeta silenciado,

la nobleza
en las cicatrices
de un
caballo azotado,

la potencia
en la
nueva sangre.

"Si el loco persistiese
en su locura,
iría al encuentro
de la sabiduría.

"La locura es la capa
de la bellaquería,
la vergüenza,
la capa del orgullo.

"Con piedras de la ley
han levantado prisiones,
con ladrillos de religión,
burdeles."

Tal vez con nuestra
sangre
se escriban
nuevos evangelios,

con la sangre de
un puritano
nuevos apócrifos.

Levanté mi vista
ante el altar de razón,
y entregué mi vida
en un acto apoteótico.

Julían
Sinópoli

POESIA

Estudio de

Gráfica

Tel. 62829

PUBLICITE
en nuestra
revista.

Tel. 387213 / 398703

Pierda plata
inútilmente



CIUDAD OTICA / 37



¡AY, ME MERO
DE GUSTO!

FIN

**FM
TL 105**

**Con el aporte de la
Subsecretaría
de Cultura de la
Municipalidad de
Rosario**





NARRADORES: Andrés "Polaco" Abramowski - Patricio Pion - Cecilia José
Pablo E. Teobaldo - Nacho Rosselló - María Graciana Petrone - Diego Martínez
Sergio Gioacchini - María José González - Javier Girardini - Esteban Crincoli
Juan Ignacio Arias

POETAS: Pablo "Crash" Solomonoft - Herminia Julia Clavys
Juliana Sinópoli - María Laura Salazar - Nahuel Marquet

ILUSTRADORES: Rubén Gutiérrez - Francisco "Panchito" Patronzini
Miguel "Indio" Waelkens - Darío Sigismundo - Valeria Gericke
Frank Miller - Gahan Wilson